

El tratado *De interiori domo*, es el Lib. 3.º de una obra de Hugo de San Victor, titulada *De anima*.

El tratado *De conscientia*, es un opúsculo dirigido á un religioso de la Orden del Cister, por un autor anónimo, que evidentemente no es San Bernardo.

El libro *De ordine vite et morum institutione*, no es del Santo Doctor. Este opúsculo se suele citar tambien con el título *De doctrina puerorum*.

Scala claustralium. Es un tratado del modo de orar, que no es de San Bernardo, aunque lleva su nombre.

El Lib. 1.º de *Amore Dei*, no es auténtico. *El de natura ac dignitate amoris*, se encuentra en igual caso. El Lib. 3.º *De amore Dei* ó *Tractatus de charitate*, es un extracto de las sentencias de Ricardo de San Victor y de San Bernardo.

Instructio sacerdotis. Es un opúsculo de los principales misterios de nuestra religion, cuya autenticidad parece dudosa.

El libro *De modo bene vivendi ad sosorem*, no es de San Bernardo.

No queremos continuar esta crítica. Hay muchas otras *epistolas*, *sermones* y aun *tratados*, cuya autenticidad se pone en duda. Sin embargo, estas dudas pueden fácilmente disiparse teniendo en cuenta las notas que se hallan hoy en casi todas las ediciones de San Bernardo.

CAPÍTULO XXXIII.

San Alberto el Grande.

1.º Nació San Alberto el Grande en La-Wingen, en la Suabia, en el año 1193. Entró en la Orden de Predicadores en el año 1221. Era de una familia ilustre, y tenía un ingenio asombroso. Estudió en Pavía, y despues se dedicó á la enseñanza. Desempeñó una cátedra en París en un lugar inmediato á la iglesia de Santa Genoveva. Era tanta la gente que acudia á oír las esplicaciones de San Alberto el Grande, que fué preciso poner su cátedra en el campo, en una gran llanura, para evitar la confusion y los tumultos de la inmensa multitud que deseaba oír á San Alberto. El sitio de estas esplicaciones se llama aun plaza de San Maubert, corrupcion de las palabras latinas *Magni Alberti*. San Alberto enseñó con igual crédito en Colonia. Fué maestro de Santo Tomás y de San Buena-

ventura. Siendo provincial de su Orden, hizo un viaje á Roma en 1254 para defender las comunidades religiosas, impiamente atacadas por la fraccion entonces dominante en la Universidad de París. El Papa Alejandro IV, conociendo sus grandes méritos y virtudes, le confió, primero un alto puesto en su palacio, y despues, en 1259, lo nombró Obispo de Ratisbona. San Alberto aceptó esta mitra por obediencia y la renunció con sumo placer, para encerrarse nuevamente en su convento en 1262. El Papa Gregorio X le mandó ir al Concilio que se celebró en Lyon en 1274. Murió en su convento de la Orden de Predicadores en Colonia, el 15 de Noviembre de 1282, á la edad de setenta y siete años.

San Alberto se llama el Grande por antonomasia, á causa del inmenso prestigio de su virtud y el asombro que en todas partes causaba su ciencia.

Un escritor incrédulo del pasado siglo, dijo que San Alberto fué llamado el Grande por haber nacido en un siglo en el cual todos los hombres eran pequeños. Esto no es más que una antítesis ingeniosa, destituida de todo fundamento. El siglo de San Alberto, el siglo XIII, es el siglo de Santo Tomás y de San Buenaventura, de Alejandro de Alés y San Raimundo de Peñafort, de Bacon y de Martino Polono, y un siglo en el cual florecen estos grandes hombres y cien otros que no numeramos, no puede llamarse siglo de hombres pequeños. Recuérdese que en este siglo florecieron tambien los grandes Papas Inocencio III y Gregorio Nono, Gregorio X y Bonifacio VIII. Tambien

sería oportuno recordar que en este mismo siglo se escribieron en España las leyes de partida por Alfonso el Sabio, y se publicó en Italia la Divina Comedia, obra inmortal del Dante.

Para brillar, pues, en el siglo XIII era necesario algo más que tener una estatura mediana para parecer gigante entre los pigmeos.

Otros han dicho que San Alberto se llamó el Grande, porque esto es lo que significa en holandés la palabra *groot*, que era el nombre de su familia. Esto aun es más ridículo que el absurdo error que acabamos de refutar.

San Alberto se llamó el Grande porque fué por su saber y su elocuencia la admiracion de su siglo. Los pueblos, llenos de estupor, solian decir que San Alberto era grande en la magia, más grande en la filosofía y grandísimo en la teología. *Magnus in magia, major in philosophia, et maximus in theologia.*

San Alberto se llamó el Grande porque tenia un ingenio profundo y universal. Abrazaba todas las ciencias y en todas sobresalia. El abad Tritemio, hablando de San Alberto el Magno, dice en su obra titulada *De scriptoribus ecclesiasticis*, lo siguiente: «No se ha levantado despues de él ningun hombre que le sea semejante, ni que como él sea tan docto, tan erudito y tan ejercitado en todas las artes y en todas las ciencias.» Aventino, *Annalium Bojorum*, Lib. 7.º, dice: «Nada se ocultaba á la penetracion de San Alberto. conoció perfectamente todas las cosas y fué un verdadero intérprete de la naturaleza. Conocia con profun-

didad la lógica, las matemáticas, la física, la metafísica, la moral y la teología. Cuando se le oía hablar acerca de una ciencia, parecía que había empleado toda su vida en cultivar aquel único ramo del humano saber. Esponía con maravillosa exactitud los sistemas de Platon y Epicuro, de Pitágoras y Aristóteles y de todos los demás filósofos del paganismo. Era muy erudito en las ciencias de los romanos, como de los griegos, como de los hebreos, de los árabes y de los egipcios. Fué el primero entre los latinos que comentó los libros de Aristóteles, de Euclides y otros autores de igual celebridad. Su elocuencia fué suma en su siglo: su erudición será maravillosa en todos.»

San Alberto el Grande es conocido vulgarmente por el patrono de la magia. Nace esta creencia del error con que creyeron muchos en los tiempos pasados que hacia San Alberto por medio de artes ocultas, lo que sólo era efecto de su profundo conocimiento en las ciencias naturales. Le llamaban el Mago, lo mismo que en el siglo x se dió este nombre al Papa Silvestre II. El nombre de Mago no significa aquí más que gran conocedor de la física y de la química, profundo descubridor de las propiedades de las plantas y poseedor de muchos secretos de la naturaleza.

San Alberto el Magno escribió muchísimo y con una fecundidad prodigiosa. Tiene tratados de física, de química, de teología, de escritura y hasta de mística. No es posible dejar de asombrarse al contemplar la variedad y universalidad de su ingenio.

Sus obras se imprimieron en Lyon, en veintiun to-

mos en folio, el año de 1651. Hizo esta edición el Padre Jammy, religioso de la Orden de predicadores. En esta edición se encuentran algunas inexactitudes.

Son muchos los escritores que han examinado las obras y que han publicado la vida de San Alberto. Nosotros solo citaremos aquí á Enrique de Gante, libro *De Viris illustribus*, cap. XLIII. El abad Tritemio, en su obra *De scriptoribus ecclesiasticis*, escribe la vida y enumera todas las obras de San Alberto el Grande. Lo propio hace Leandro, Lib. 3.º *De Viris illustribus Ordinis prædicatorum*.

San Alberto el Magno ha sido juzgado de muy diversos modos. Mientras unos han querido convertirlo en el primer hombre del mundo, otros han intentado reducirlo á la nada. Fleury no puede ni aun comprender la razón que hay para llamar grande á San Alberto. Conviene traducir al pié de la letra lo que dice este famoso historiador: «Hé aquí, exclama Fleury, lo que yo he encontrado en las obras de San Alberto. En los tres tomos de física cita siempre á Aristóteles y á los árabes que le habian comentado. Supone siempre los cuatro elementos y las cuatro cualidades. Con frecuencia expone como principios, proposiciones que no son evidentes y que no pueden probarse. Hablando del cielo muestra que no conoce bien la astronomía; supone la influencia de los astros, y trata de la astrología judiciaria, sin reprobarla, como si fuese una verdadera ciencia. Cuando quiere explicar los meteoros hace ver que no conoce la geografía. Además, coloca á Constantinopla en Italia, al lado de Tarento.

Al tratar de los minerales, atribuye á las piedras preciosas virtudes parecidas á las del imán. Por último, empeñándose en explicar las etimologías de los nombres griegos, dice cosas absurdas por no conocer este idioma.»

Este juicio prueba, en primer lugar, que Fleury no había ni hojeado siquiera las voluminosas obras de San Alberto; y en segundo lugar, que es muy posible el ser muy buen historiador y muy mal conocedor de las ciencias naturales.

Para conocer bien á San Alberto Magno, y formar juicio cabal de su ingenio, de su elocuencia, de su inmenso saber y de sus numerosísimas obras, es preciso leer con detenimiento el libro que este mismo año, en 1864, ha publicado en Madrid el Sr. Costanzo, titulado *Alberto el Grande y su siglo*. En esta obra importante, su autor, con imparcial criterio y grandísima erudición, escribe la vida de San Alberto; enumera y examina sus obras, y señala lo que hay en ellas de auténtico, lo que es apócrifo y lo que debe considerarse como dudoso. Lo que hay más notable en el libro del Sr. Costanzo es el estudio comparativo que ha hecho de muchos principios filosóficos, explicados ó indicados al menos por San Alberto, y de pocas máximas pertenecientes al orden natural, con cuya invención suelen engalanarse en nuestra época los mas famosos naturalistas.

Aquí no podemos nosotros ni enumerar todas las obras de San Alberto, ni señalar siquiera las que son de autenticidad dudosa. Solo haremos una sencilla

observación acerca de dos ó tres obras por circunstancias especiales.

Los doce libros *De Laudibus Virginis Mariæ*, que se hallan en el tomo 2.º de la edición del padre Jammy, son atribuidos por algunos críticos á Ricardo de San Lorenzo, penitenciario de Rouen. Nosotros, por nuestra parte, continuaremos leyendo esta obra como propia de San Alberto.

En 1655 se publicó en Amsterdam un libro inmundo, titulado *De secretis mulierum*, con el nombre de San Alberto el Magno. Aunque no se atribuyera este libro á Enrique de Sajonia, bastaría hojearlo para convencerse de que no es ni puede ser del sabio y Santo Maestro de Santo Tomás de Aquino.